

# El Amigo del Pobre

FRANQUEO  
CONCERTADO

Publicación decenal con Censura Eclesiástica

FRANQUEO  
CONCERTADO



Año IV

«Este precepto os doy: que os améis los unos á los otros como yo os he amado.»

(Jesucristo á sus discipulos)

Núm. 98



## Curación y conversión

ESTA historieta es auténtica, reciente y coita. Es un pequeño drama en tres actos del cual Lourdes ha sido teatro, y cuyos cuatro personajes son oriundos del Franco Condado.

Dos sacerdotes, director el uno del Seminario de Misiones Extranjeras, y el otro de un Seminario diocesano, acompañaban á Lourdes, por caridad, á su parienta la señorita G..., enferma, según dictamen de su médico, de «coxalgia con lesión del hueso.» Hacía ya tiempo que no andaba sin el auxilio de muletas, y solamente del cielo esperaba la curación.

En esta esperanza hizo su peregrinación á Lourdes en compañía de su hermano y su primo, sacerdotes ambos.

En Tolosa nuestros peregrinos cambian de tren, entrando en un compartimento ya en parte ocupado por viajeros que se muestran llenos de benevolencia para con los sacerdotes, y de delicadas atenciones para con la enferma.

Entre dichos viajeros había uno de mirada penetrante, de aire distinguido, llevando una cinta encarnada en el ojal de la levita, un tantico meticuloso y refunfuñador como suele un viejo soldado.

Lo era efectivamente. Comandante de artillería en Besançon, acababa de tomar el retiro para Saint-Aff. Por el momento, estaba haciendo una excursión á los Pirineos, y se proponía pasar unos días en Lourdes para presenciar las manifestaciones religiosas de allí.

El estado de la enferma llamábale la atención, y fijando la vista, ya en ella, ya en las muletas, parecía como decirse á sí mismo: ¿Es posible que se exponga á los azares de un largo viaje á una persona tan enferma? Estos curas no parecen en cosa alguna. Estos dos no parecen adocenados, y con todo, participan de la misma esperanza y credulidad que los demás.

Ello no obstante, al cabo de unas horas de viaje, los dos sacerdotes y el comandante eran amigos. Este les contó sus campañas de Italia, de Méjico y de 1870; el misionero, á su vez, refirió las suyas en China, y con ello pasaban rápidas las horas.

Los ojos del oficial, empero se volvían siempre con cierto aire de inquietud é incredulidad, hacia la enferma y sus muletas. Sentía necesidad de hablarles de ello á los eclesiásticos, los cuales al parecer le habían ya conquistado.

—¿Creéis, pues, dijo al misionero, pasándose la mano por su larga barba, creéis que vuestra señora hermana va á dejar allí sus muletas y volver curada?

—Esto es un secreto de Dios y de la Santísima Virgen. Pero no obsta á que podamos esperar este favor. Curaciones más extraordinarias se ven todos los días en Lourdes. Testigo aquel Sr. Gargán, empleado de correos, á quien un choque del tren había puesto en tan lamentable estado, y que se volvió de Lourdes curado. Sucedió esto hace doce días solamente. El caso ha tenido gran resonancia, y lleva desconcertados á los que no admiten la intervención divina en el alivio de las miserias humanas.

—Pero, replicó el comandante, también yo participo algo de esta opinión. Hace ya tiempo que salté la barrera. Ni creo, ni practico. Por otra parte, nunca me han preocupado estas cosas.

—Y, objetó el sacerdote, si vais á Lourdes, y por una casualidad presenciáis la curación de nuestra enferma, cuyo triste estado veis ahora, ¿qué consecuencia sacaríais de ello?

El viejo comandante, algo embarazado, paróse á reflexionar unos momentos. Y luego, pensando sin duda que no llegaría el caso de cumplir su compromiso, exclamó:

—Pues bien, en tal caso me confesaría... después de más de treinta años de no haberlo hecho.

Y pasóse á hablar de otras cosas.

Pasaron dos días. Estamos á jueves por la mañana. Está la niebla algo extendida, pero en ello no para mientes el pequeño grupo formado delante la iglesia del Rosario. Son nuestros viajeros, que acaban de encontrarse.

La señorita G... no tiene ya sus muletas. Está curada. Sólo le queda una sombra de cojera y de debilidad. El comandante, del todo desconcertado, no puede dar crédito á sus ojos. Invita á la enferma de la víspera á que ande, á que vuelva á andar, y eran de oír sus exclamaciones:

—¡Esto es aterrador! ¡Es prodigioso! En cuanto á los compromisos contraí-

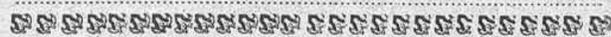
dos durante el camino, no se tocó este punto. Pero mientras los dos sacerdotes, seguidos de su parienta, entran de nuevo en la iglesia del Rosario para repetir su gratitud á la Virgen, el comandante toma la escalera que conduce á la Basílica, va al encuentro de uno de los Padres de la Gruta, y... se confiesa.

Sin vacilaciones, el militar cumplía su promesa.

Al día siguiente comulgaba entre millares de peregrinos. En el colmo de su alegría, decía él, «habría querido abrazar á todas las personas del mundo.» El incrédulo había recobrado la fe, la luz, el perdón. Contábalo á todos con felicidad.

El domingo siguiente, 8 de Septiembre, en la Misa mayor de la iglesia del Rosario, presidiendo el Obispo de Tarbes y predicando el que estas líneas escribe, veíase en el coro, entre los sacerdotes del Franco-Condado, á un anciano de cabellos blancos y estirado bigote: era nuestro comandante. No sabía cómo ausentarse de Lourdes. En vez de un día ó dos, permaneció ocho en la ciudad de Bernardita, y proclamaba muy alto que aquellos habían sido los días más felices de su vida.

ABATE GARNIER



## Del matrimonio

V

**Deberes recíprocos de los casados.**  
**—Deberes especiales de la mujer**

Así la mujer tiene en sus manos el destino del hombre; de ella depende hacerle feliz, ya evitando el efecto de sus relaciones con la sociedad, ya neutralizando su funesto influjo; ó bien dejarle bajo el yugo común, hecho presa de las mismas pasiones, víctima de los mismos errores, si no tiene valor ó voluntad para cumplir la hermosa y dulce misión que le ha confiado la Providencia. Y no se crea que sólo en las altas clases de la sociedad, en el brillante trato de las relaciones sociales, le es dado á la mujer llenar este noble deber. Nó: en las clases intermedias, donde reina la feliz medianía, en las filas populares, en las numerosas categorías del menestral y del labrador, en todas partes la mujer debe ejercer la misma influencia, porque sinó, tiene que neutralizar los deli-

rios de la ambición: ¡cuántas pasiones más groseras fomentan al rededor de ella! Ya la crápula que conduce al embrutecimiento; ya la pereza, madre de todos los vicios, ó la inmoralidad que prepara á la edad madura tantos remordimientos; ó la irreligión, fuente fecunda de todos los excesos y de todos los desórdenes. Tal es, en efecto, el repugnante espectáculo que presentan con harta frecuencia las clases de que vamos hablando; ya se reboce el vicio, entre las personas de la clase media en una especie de decencia, ya aparezca en toda su desnudez en el jornalero depravado, el desorden es el mismo y siempre sus huellas son igualmente profundas.

¡Ah! fuerza es confesarlo; eso sucede porque la mujer no comprende su deber ni sus verdaderos intereses; porque la educación que ha recibido no le ha inculcado esta importante máxima: *De ti depende la felicidad de tus padres, de tu esposo y de tus hijos*. Porque, lejos de luchar contra el torrente, se entrega á él y se deja arrastrar... ¡Desgraciada! Al mismo tiempo arrastra con su funesto ejemplo, á los que viven bajo su dependencia; traspasa el corazón de un esposo ó el de un padre, y conjura sobre su cabeza de deshonor para el tiempo, y la venganza para la eternidad.

¡Cuántos matrimonios son unos verdaderos infiernos anticipados! El padre olvida sus deberes; la madre regañona y maligna, verdadera víbora abreva de contradicciones y de furiosas quejas á un esposo que acaso no estaba más que alucinado, y que tal vez no había buscado en su error más que una distracción á las numerosas penas de que ella fué la causa. Los hijos, indiferentes y superficiales, desprecian á unos padres á quienes no pueden amar: se ausentan de la casa paterna siempre que pueden y se entregan ya á mayores desórdenes.

Así se pasa toda una vida en una horrible sucesión de frialdades, de odios, de desprecios recíprocos, de dolores y de infortunios. ¡Pues bien! No titubeo en decirlo; casi siempre la mujer es quien abre ese abismo; si no es ella quien ha dado la primera señal del desorden, fuente de tantos males, á lo menos no ha querido ó no ha sabido preservar de ellos á su esposo. La vida interior que le ha presentado, era insostenible: si volvía triste, abatido, desanimado, en vez de reanimar su valor, de consolarle, de hacer suceder á las emociones dolorosas, las emociones tan dulces de la familia, y de volver la serenidad á su corazón agitado, se impacientaba de ver su tristeza, se aburría de verle aburrido; como si en su cálculo de egoísmo, el hombre que se exponía solo al tráfico de los negocios exteriores, que soportaba solo su peso y sus azares, debiera también sobrellevar solo las inquietudes y los pesares!

Por lo que hace á sus hijos, no ha sabido dirigirlos, formarlos á la virtud, á la sumisión, á la dependencia; y lejos de hallar en ellos el sentimiento de la piedad filial, deliciosa recompensa de los desvelos de su buena madre, recoge á

cada instante numerosas pruebas de indiferencia que desgarran su corazón.

Y aún no es esto todo: de estos desórdenes de la vida interior nacen todos los desórdenes de la vida social. El hombre, cansado, inquieto, busca otra vida diferente de la que lleva: ¡conoce que está tan lejos de la paz y de la felicidad! Se hace ilusión acerca de la verdadera causa de su tormento, y en vez de pararse en la esfera modesta de la familia, se lanza en una carrera más vasta y aventurera: de aquí los trastornos y las innovaciones que trabajan á una sociedad desmoralizada.

¡Oh! ¡cuán importante es, pues, el secreto de evitar tantas desgracias y de asegurar el sosiego de las familias al mismo tiempo que el de la sociedad! ¡y á pesar de su importancia, cuán sencillo es ese secreto! Todo él consiste en la educación de las hijas. Según que se les haya dado buenos ó malos principios, que se haya formado bien ó mal su carácter y su corazón, que se les haya preparado ó no al cargo tan grave, y sin embargo tan dulce que las espera, se las verá felices ó desgraciadas, al mismo tiempo que harán la dicha ó la desesperación de los que las rodean.

## ¡Abrid los ojos!

¿De veras creéis, obreros anarquistas, que las utópicas teorías que os predicán cuatro visionarios pueden labrar vuestra felicidad?

¿De veras creéis, obreros socialistas, que la implantación de vuestro programa traería al mundo la paz y la tranquilidad?

¿De veras creéis, obreros republicanos, que el triunfo de vuestros ideales acabaría con tantos males como afligen al proletariado?

Sí, hermanos; sí, obreros, todos, lo creéis; estáis, por desgracia vuestra, convencidos de que así sucedería.

Para cerciorarme de ello, bástame ver el entusiasmo con que defendéis vuestras ideas; la asiduidad con que concurrís á vuestros Centros; el gusto con que protegéis vuestra Prensa y vuestras Sociedades, aun á costa del pan de vuestros hijos; la fe, digna de mejor causa, con que exponéis en muchas ocasiones vuestras vidas y el sinnúmero de sacrificios que os imponéis en pro de vuestra causa. Vuestro fin es noble, es honrado: buscáis la justicia, pero erráis ¡ay! el camino.

Quiénes nada de eso creen, son vuestros directores que, con falaces y halagadoras palabras y mentidas é irrealizables promesas, exaltan vuestra imaginación y os hacen ciegos instrumentos de su engrandecimiento y medro personal.

Decidles, obreros queridos, á vuestros jefes que expongan sus pechos en las manifestaciones tumultuosas á que os incitan; invítadles á que torturen sus estómagos, como vosotros hacéis con los vuestros, en las huelgas á que os inducen; pedidles que os acompañen en las

cárceles, cuando por su culpa seáis á ellas conducidos; exigidles, si alguna vez son encarcelados, que ocupen en su prisión una celda ordinaria y que en ella no admitan otro trato que el que se os da á vosotros en idéntico caso y ¡os quedaréis solos! sin jefes, sin apóstoles, sin redentores!

A cambio de vuestro óbolo que los enriquece y de vuestro voto que les proporciona un acta, os predicarán odio á la burguesía, se compadecerán de vuestra situación, os llamarán honrados, os prometerán redimiros, pero nada más. Negadles vuestra *protección* y se acabarán los sermones, la compasión y hasta la honradez y las promesas de rendición.

Mirad á Francia, país eminentemente republicano y socialista: sus obreros están en peor situación que los de Alemania y los de Inglaterra, países monárquicos. Volved vuestra mirada á Bélgica, país monárquico hasta los huesos y católico hasta la médula: sus obreros ancianos disfrutan una pensión...

Y no se crea que pretendemos con esto decir que la democracia sin la monarquía sea imposible: queremos sólo hacer ver que ambas son perfectamente compatibles.

Desengañaos, obreros anticlericales; la Revolución no puede salvaros, pues que es la principal fatora de vuestra actual deplorable situación.

G. LATINA

**Consejos.**—Ten un corazón tierno y sensible á las miserias ajenas: alégrate de la prosperidad del prójimo y siente todas sus aflicciones; gusta de aliviarle en su miseria. Nunca hables mal de nadie.

## CONTRA LAS VIBORAS

Un diario de San Paulo, (Brasil), contiene un caso muy curioso sobre la acción del limón como contraveneno para las picaduras de las víboras, y ruega su divulgación, según dice, por razones de humanidad.

Un agricultor fué mordido por una víbora de cascabel hallándose ocupado en las tareas del campo. Sin impresionarse por el contratiempo, tomó un limón agrio, lo cortó en dos mitades, á las que adicionó sal de cocina; las puso después activamente al fuego, y cuando hervían se las aplicó alternativamente sobre la mordedura á manera de cauterio, repitiendo la operación durante unos instantes; después colocó una ligadura en la parte superior de la pierna, y sin dar importancia al caso, volvió de nuevo á su trabajo, que ejecutó durante todo el día.

El agricultor manifestó que después de mordido por la víbora, y gracias á esa medicación apenas sintió leve peso en la cabeza, el que desapareció en seguida de la cauterización.

Resulta probado, en efecto, que el limón ácido tiene recomendables propiedades, aparte esa de que se hace eco el colega de San Paulo.

## La jornada de ocho horas

— Buenas tardes D. Juan.  
— Muy buenas nos las de Dios, Antonio. Hombre tenía ganas de verte.

— V. dirá.

— ¿Estuviste anoche en el «mitin»?

— Sí, señor.

— ¿Y quién habló? ¿Qué os dijeron?

— Pues habló Ginés el zapatero, que lo hizo muy bien, ¡claro! como que dicen que estuvo estudiando para Cura y se dejó la carrera... — Bien, ya lo sé, digan lo que quieran, no la dejó, se la hicieron dejar, por torpe y por su conducta, que no era en todo conforme á la que se le exige al sacerdote; pero veamos qué os dijo.

— Pues verá V; como dice que es... socialista, estuvo hablándonos, de la nivelación, de la igualdad social, porque dice, que esto anda desarreglado, que eso que unos vivan y engorden, y vistan y paseen á costa de nuestro sudor, mientras los que trabajamos, nos morimos de hambre y no podemos ahorrar para dejar á nuestros hijos un rincón de casa... no podemos llevarlo con paciencia, y que se hace urgente arreglarlo, si es que somos hombres, y sabemos hacer que se respeten nuestros derechos. Y para arreglarlo hay que hacerse socialista. Que el socialismo es el que se interesa por el bien del obrero. Que por ellos se consiguió que las jornadas fueran solo de ocho horas y así hemos ganado mucho...

— Si, no prosigas. Lo de siempre. Que van á hacer. Lo que van es á ver si se arreglan ellos; que el arreglo de los demás, poco les preocupa, aunque lo contrario os digan en sus peroratas. Y eso de que habéis ganado mucho, desde que las jornadas son de ocho horas, será lo que tase un sastre, como vulgarmente se dice. ¿Qué es lo que habéis ganado desde entonces, díme?

— Pues ya vé V. trabajando menos y dando más tiempo al descanso, es natural, que se gasten menos energías y por tanto tengamos más salud; y siendo mayores, como son los jornales, podremos vestir y comer mejor, hacer algunos ahorritos.

— Conforme, si el obrero aprovechara el tiempo para descansar, y puesto que gana más, se aprovechara, convenientemente, de esas ganancias. Pero no me negarás, Antonio, que ocurre todo lo contrario, que la mayoría de los obreros, ¡cuán raras son las excepciones! están deseando salir de la fábrica ó taller, no para reunirse con la familia sino para marchar á la taberna, al juego ú otros sitios peores, donde satisfacer vicios y pasiones, que frecuentemente tienen un epílogo sangriento y siempre ceden en deshonra de su familia. Y ¿quieres ahora decirme, si por mucho que gane un obrero, que así se conduce, tendrá para alimentar vicios y pagar sus múltiples excesos? ¿Ahorrrará de esta suerte, para dejar, como decías, á sus hijos? más todavía ¿qué respeto, qué

amor van á tener á su padre, siendo así que las pocas veces que le ven en casa es embriagado, riñendo y maltratando, á la que Dios le dió por compañera y de la que hacen una esclava, una mártir?

Antes, no hace tantos años, trabajaban de sol á sol, es verdad, eran menores los jornales y no obstante, vivían alegres y tranquilos, no les preocupaba la suerte de los otros, fuesen pobres ó ricos, y con sus ahorros dejaban á sus hijos tierras, casas, etc. ¿porqué? Porque no tenían vicios, porque como al regreso del trabajo se reunían en el hogar con la familia no iban á tabernas, ni á otras partes. Por añadidura gozaban generalmente de más salud y vivían más años que los obreros de hoy, que la mayoría mueren en la flor de sus años alcoholizados ó precipitados por sus pasiones.

¿Ves ahora, no los beneficios, sino los perjuicios y grandes desventajas que os ha traído el socialismo, con las jornadas de ocho horas, con lo que tanto bien os proponáis?

¡Oa, pueblo! ¿cuándo abrirás los ojos para ver la hipocresía de esos socialistas, *modernos redentores*, que á cada paso os están vendiendo con la capa de amigos?

CARLOS ERESCONI



## Vivas de ocasión

La cosa es tan corriente que no extraña. Entra, pongo por caso, un ciudadano en un templo de Baco, vulgo *chigre*, y allí se le va el tiempo *echando vasos*, charlando de mil cosas que no entiende, apurando cigarros, blasfemando, arreglando á su modo el mundo todo, riñendo con amigos y adversarios. Sale de allí lo mismo que una cuba; ya no es hombre, es idiota, es un borracho que vomita, rebuzna, que apuñala, que, en deseos nostálgicos de estrago, una y mil veces, si le dejan, suelta el *viva la República* obligado.

J.



## ¡Pobres obreros!

Desde una importante ciudad del Mediterráneo donde EL AMIGO DEL POBRE tiene grande aceptación, nos escriben lo siguiente que se presta á tristísimas consideraciones:

«No muy lejos de esta población se está construyendo una carretera pública; el empresario encargado de dicha obra se comprometió á ejecutarla por un precio bastante inferior al tipo en que estaba subastada por el Estado; y como que los empresarios han de hacer un buen negocio en tales empresas, de aquí resulta que á los pobres trabajadores de semejantes obras públicas se les escatima el jornal tanto como se puede, se les hace trabajar á más no poder, y fácilmente son despedidos de tales trabajos

sino trabajan muchísimo, pues así lo exige quien ha de hacer un gran negocio en tales empresas; y el resultado final es que los tales trabajadores quedan convertidos en furiosos anarquistas ó socialistas; y todo esto ¿por qué? porque los citados contratistas ó patronos no obran conforme al espíritu cristiano, que es espíritu de piedad y compasión para con el pobre trabajador; porque donde no hay la caridad cristiana que manda y aporta la religión católica, el pobre queda convertido en objeto de opresión y explotación por parte de quien no atiende sino á enriquecerse á costa del débil y necesitado; el proceder de este modo, ¿no es por lo tanto, el medio más á propósito para formar socialistas y anarquistas?»

M. L.

Tiene razón que le sobra el autor del escrito copiado; estos abusos y otros parecidos que con escandalosa impunidad vemos propagarse por todas partes, son más poderosa causa para formar anarquistas y socialistas que esa propaganda oral y escrita de ideas impías y revolucionarias. Los hechos pueden más que las palabras. Se han dictado leyes contra la usura que explota al necesitado; contra los abusos de la emigración; en favor de la infancia, de los obreros y por qué el hecho que denunciado queda no ha de tener también su castigo?

¡Siquiera por humanidad, señores legisladores! ¡Pobres obreros! ¡Pobres hermanos nuestros, más dignos de compasión cuanto más desvalidos!

## ¡CATEQUESIS!

— ¿Para qué usamos la señal de la cruz?

— Para hacer una profesión externa de nuestra fe y manifestar así que somos verdaderos cristianos, para invocar el auxilio de Dios en nuestras obras y para defensa en las tentaciones.

— ¿Cómo debemos hacer la señal de la cruz?

— Con fe, reverencia y atención á los misterios de la Santísima Trinidad y encarnación y muerte de nuestro Salvador.

FALSA VERGÜENZA.—Cierta cristiano se avergonzaba de hacer la señal de la cruz en presencia de un forastero; le vió un amigo que, más firme en la fe, le dijo: «¡Cómo! Jesucristo no se avergonzó de morir en una cruz para redimirte y tú te avergüenzas de hacer la señal de nuestra redención?»

El buen cristiano se honra y siente noble orgullo en tributar públicamente el culto que debe á su Dios. Jamás abandona ni oculta su religión.

Si la Magdalena, el publicano, el pródigo, el ladrón se hubiesen avergonzado del Hombre-Dios no habrían salido del camino de la perdición.

## EL LABRADOR SANTO

Uno de los más doctos escriturarios contemporáneos, el doctor Caminero, hace el mayor elogio de la agricultura con estas palabras:

«Todos los trabajos agrícolas, desde la aradura á la limpieza del grano, sirven en la Biblia de pinturas é imágenes para dar viveza á la exposición profética...»

Pues en estos trabajos de la industria madre á los cuales se refirió en tantas ocasiones la Sabiduría increada, para advertir y aleccionar á los hombres y poner en las almas las celestiales enseñanzas, se ocupó durante toda su santa vida el Patrón de la corte de las Españas, que no fué ni un político notable, ni un brillante caudillo, ni un portentoso letrado, sino un labrador, y de la más humilde clase, un jornalero del campo.

Indudablemente que es providencial—y en nuestros presentes días aparece serlo más de bulto—que sea un campesino, un pobre, el que en la presencia de Dios, lleve la voz del ruego ó de la defensa de la capital de esta en un tiempo poderosa monarquía católica; que sea el abogado en el Cielo de un pueblo cabeza ayer y por tantos siglos que pasaron de tantos pueblos, provincias y naciones aquende y allende los mares, en el viejo y en el nuevo mundo, Isidro, el labrador santo, el criado de los Vera primero, del obscuro hacendado de Torrelaguna después, y últimamente del caballero madrileño Iván de Vargas, y al pobre jornalero que agotó sus fuerzas sobre la pesada esteva y regó con sus sudores la tierra dura é ingrata y resistente al trabajo, pena y redención del hombre pecador, hayan de acudir en sus necesidades, miserias y dolores, los augustos reyes, encumbrada nobleza, el rico poderoso y el sabio ilustre... ¡cuanto el mundo tiene por más grande y apetecible!

¡Gran misericordia de Dios es ésta, que glorificando al santo jornalero y confiándole la misión de ser intermediario entre la omnipotencia divina, dispensadora de todo bien, y la debilidad del hombre, causa de toda necesidad, procura el mayor motivo de solidaridad entre los altos y los humildes, entre los ricos y los desvalidos y meresteros, por la caridad y la gratitud, pues jamás podrán olvidarse de los pobres aquellos que por la mediación é intercesión de un pobre, cual San Isidro Labrador, alcanzaron de Dios ser oídos y atendidos convenientemente.

De otra parte—como dice nuestro P. Isla,—la vida de San Isidro ha sido y será ya por siempre, mientras el sol alumbré, una acusación incontestable é ineludible de los que, viviendo en el estado llano y humilde de la república y ganando el pan con el sudor de su frente, se creen excusados de aspirar á la perfección en el camino de la virtud.

No hay estado ni condición en la vida del hombre que no lleve á la santidad por derecho, como por Dios preparado, para que cada cual logre el fin último para el que lo crió el Señor. Siempre, y

en todas partes, puede el hombre negociar con los talentos que recibió de Dios, si cinco, si tres, si uno solo... granjeando la mayor ganancia, que es medida de su mayor gloria y recompensa.

Pero, á nuestro juicio, se equivocan los que juzgan que es más fácil manejarse mejor con *más* que con *menos* en este importante comercio de la vida en servicio de Dios. También en esto, como en muchas otras cosas, andan de espaldas la fe del cristiano y el espíritu del mundo.

Más parece asegurado el término feliz de su empresa en este valle de lágrimas al pobre que al rico. Del primero predicó nuestro Salvador la bienaventuranza, que es la perfección suma, mientras que al rico, para que llegue á ser perfecto, le dijo aquellas palabras de salud: *Vende lo que tienes... sígueme.*

Ejemplo tenemos en el glorioso Patrón de Madrid. Trabajando y orando se hizo santo; orando y trabajando acrecentó los bienes de la tierra. ¡Con la aguijada abrió los senos de la tierra seca y calcinada por los calores estivales, haciéndola brotar raudal de frescas aguas cual otro Moisés milagrosamente! Su ardiente caridad hasta para con los pajarillos famélicos y ateridos entre la nieve invernal, movíale á derramar el grano, cual otro pobrecito de Asís, hallando luego rebosante de trigo los mismos costales de donde prodigó el socorro.

Y, entendiéndolo los amos avarientos, los que toman la vida del pobre trabajador como máquina comprada ó instrumento alquilado; los que profanan el día del Señor! empleando todo el tiempo al jornalero, para sacar el mayor provecho de su tarea y el mayor rédito á su salario, entendiéndolo y aprendan. Los momentos que Isidro dedicaba á la oración, el Dios de las misericordias cuidaba de las labores del siervo fiel; y la codicia y la cólera del amo, que temía el fraude en la jornada y el menoscabo de su hacienda, pudo ver con espantados ojos que las *yuntas del Dios del Cielo*, que no sus *padres*, labraban su heredad con bendiciones fecundantes, que la oración del piadoso criado le pedía, humilde y confiado en el soberano poder, sin el cual en vano se afana el hombre por edificar su casa.

¡Hambres de pan, hambres de justicia, cuántas veces y cuán pronto remediáramos estas grandes calamidades, si como Isidro, todos, todos, pobres y ricos, amos y criados, tuviéramos hambre de santidad, deseo vehemente de ser santos!

BONIFACIO

## NOTICIAS Y COMENTARIOS

La evolución del partido socialista francés pasa por un período crítico, en vista de que con el *mágico* influjo de las carteras ministeriales se desvanece todo el *color* socialista, que recibieran antiguos miembros de la confederación del trabajo, hoy ministros de la República. ¡Cosas de la vida!

En la Cámara de los Comunes de Londres fué aprobado, por 244 votos contra 59, el proyecto

de Ley para el cierre dominical de todas las tiendas donde se expendan bebidas alcohólicas.

**Digno de imitarse.**—El escritor Augusto Richter, de Nuremberg, fué condenado, no hace mucho tiempo, por el tribunal de justicia del cantón de Lucerna, á dos meses de cárcel y ocho años de destierro de dicho cantón, por ser el autor de dos opúsculos inmorales, como son algunos que circulan por España, sin que á sus autores alcance un castigo semejante.

**Obra rechazada por los Estados Unidos.**—Una Revista pornográfica francesa se ha ofendido mucho porque en los Estados Unidos han rechazado un libro poco decente con la siguiente mención.—PROHIBIDO POR OBS-CENO.

Si en todos los países se hiciese lo mismo, no tardarían en disminuir los escritores de ese género repugnante que tanto se cultiva en Francia y se propaga por las demás naciones.

## BIBLIOGRAFIA

### Revista católica de cuestiones sociales

Esta Revista viene aumentando sus páginas de texto y sus secciones interesantísimas, sin aumentar por ello el precio de suscripción que es de 10 pesetas al año.

Pueden hacerse las suscripciones en las oficinas del Patronato Social de Buenas lecturas, establecido en Madrid, Paseo del Prado, número 30, entresuelo.

### El Eco Franciscano

Magnífico, bajo todos conceptos es el número extraordinario que la revista quincenal de Santiago de Galicia «El Eco Franciscano» acaba de publicar como solemne homenaje á San Francisco de Asís en el VII centenario de la fundación de su primera Orden.

Libro hermosísimo que guardaremos cuidadosamente en nuestra biblioteca y que agradeceremos sobremanera.

### Hoja importante

Hemos recibido una hoja dirigida «Al pueblo sensato de Orense, relatando fielmente la verdad de los hechos que, por el manejo de los eternos perturbadores del orden dieron lugar á la espantosa tragedia de Osera».

Con este motivo los periódicos esos que viven del escándalo, que gustan de calumniar y mejor á *curas, frailes y obispos*, (recientes están otras campañas no menos vergonzosas é indignas) se dejaron correr en lo de halagar bajas pasiones y están poniendo al Ilmo. Sr. Obispo de Orense por lo peor que pensarse puede, con informaciones exageradas y subversivas.

¡Y el Ilmo. Sr. Obispo de Orense D. Eustaquio Huidain y Esteban es queridísimo de sus diócesanos porque en el corto espacio de tiempo que lleva al frente de la diócesis ha realizado una labor tan amplia como meritoria, obrando siempre con arreglo á justicia y á su inagotable caridad; solo los díscolos, los desagradecidos, no lo quieren reconocer así y le insultan y le calumnian.

Los malos trabajan mucho, pero al fin y al cabo la verdad triunfa, dejando confundidos á sus detractores.

Concluye la hoja, que firman varios orensanos, diciendo: «Dios y la historia pedirán estrecha cuenta á los insensatos que cierran sus ojos á la luz de la justicia».